

SOBRE LA POESÍA VASCONGADA



De todo lo que constituye la cultura intelectual y artística del país euskaro, lo más original, lo más privativo, lo más euskaro es su poesía. La razón es obvia. En cualquiera de las demás manifestaciones de la cultura, la influencia de la civilización europea y más particularmente de la española, no sólo es visible, sino que en justicia y en puridad de verdad debe reconocerse que nuestra cultura sólo dimana de esas fuentes, perteneciéndonos únicamente, como patrimonio de raza, aquel sentido especial y aquella particular dirección que la cultura muestra aquí al adaptarse á nuestra compleción intelectual y moral, y á nuestras ideas y costumbres. Mas no sucede así con la poesía, la cual brotó del alma del pueblo, como una necesidad por ella sentida, como la expresión de sus afectos más íntimos, y brotó espontáneamente, pura y sin mezcla de ajenas ideas ni extraños pensamientos, á la manera como de la peña, oculta entre zarzales, brotan las aguas cristalinas, allá en las escabrosas sierras del Hernio ó de Aralar.

Los que conocen el vascuence y han leído á nuestros poetas, no necesitan que nadie se esfuerze en probarles la existencia de ese carácter especial, genuinamente vascongado, de nuestros poetas líricos.

Rebosa de tal manera, en aquellos versos, buenos ó malos, el alma de nuestra raza, que no es posible confundirla con ninguna otra. A los extraños, y á los que, aún habiendo nacido en este país, no conocen su lengua—que son hoy la inmensa mayoría de los hombres ilustrados—á esos habrán de convencerles seguramente las consideraciones que vamos á exponer.

Pueden dividirse en dos grupos,—que corresponden propiamente á dos períodos de la historia—los poetas vascongados. El uno es el que comprende todos los que escribieron ó cantaron antes del año 1876, año en que murió nuestro régimen foral; el otro lo constituyen los poetas, hijos entusiastas de esta tierra, que en aquellos días, tristemente memorables, rindieron tributo de amor á las libertades muertas, consagrande toda su inteligencia y todo su ser á la propagación del renacimiento literario de la Euskaria.

Los poetas del primer período, aparte de alguna que otra excepción, como la de Iztueta, por ejemplo, pertenecían todos al pueblo, y cultivaban, por lo tanto, la poesía popular. Hombres dotados de una sensibilidad exquisita los unos, y de notable ingenio los otros, pero destituidos casi en absoluto de aquella cultura intensa que forma la personalidad del poeta y que se traduce por aquellos gritos del alma, profundos, amargos, tristes, desesperados, mentís que á veces el poeta dá ó reto que lanza á la sociedad en que vive; aquellos hombres más modestos, más humildes, cuya personalidad era como un compendio de las mejores cualidades de su raza, no podían dar de sí más que lo que dieron: la expresión, en forma artística, y en ocasiones en forma hermosísima, digna de grandes poetas, de los sentimientos de su pueblo.

No quiere esto decir que ninguno de ellos fuera capaz de elevarse á otras alturas, y de cultivar, en forma poética, la nota humana con aquella intensidad de sentimiento que señalara Terencio como ideal que su alma perseguía. No; á uno de ellos conocí y traté yo; al más sensible á lo bello, al más tierno, y al mismo tiempo, poi uno de esos contrastes misteriosos de la naturaleza humana, al más mordaz; conocí y traté á Vilinch. Parece que le estoy viendo. En aquel café Oriental de la calle de Esterlines, célebre por sus helados, nos reuníamos, en horas en que nadie acudía allí, varios aficionados á la literatura. Yo era niño; Vilinch era ya hombre entrado en años, y á su hado se hallaba casi siempre uno que á él se asemejaba en muchas cosas, sobre todo en aquellos labios caídos por un lado, que parecían la expresión del dolor. ¡Quién había de decir que aquel parecido físico y moral había de acornpañarles en la vida y en la muerte! A los pocos años Arruti moría asesinado por hordas infames, y á Vilinch le arrebataba la vida una granada lanzada desde la batería carlista de Arratsain Quizá las almas de los dos poetas; al encontrarse en el espacio infinito, se dieron, mirando al mundo en que tan desgraciados fueron, un beso de amor....!

Vilinch nos recitaba sus tiernos versos. Allí conoció las Doloras de Campoamor; quiso cultivar el género, y fracasó. No era esa la lira que debía él pulsar. Pero yo le leí la poesía que aquella alma se podía asimilar, le leí las rimas de Becquer y los Elegías de Aguilera. Aún recuerdo la intensa atención con que seguía Vilinch la lectura: aquello era más que poner atención: era desprenderse de toda su alma para identificarse con el alma del poeta. ¿Qué salió de aquella honda emoción producida en el espíritu de Vilinch por aquellos sentidos y profundos versos de los dos grandes poetas castellanos? Salió algo que se perdió, algo que murió con Vilinch, algo muy superior á todo lo que él escribiera: composiciones que él nos recitó, dignas de Becquer y del autor de las Elegías.

Cito este ejemplo para probar que en algunos de aquellos poetas había aptitud y condiciones para dedicarse al gran arte; pero, en fin, es un hecho indiscutible, que la poesía vascongada no traspasó en aquel primer período los lindes en que vive encerrada la poesía popular. Verdad es que los soberbios monumentos de la literatura universal obra son del pueblo y del sentimiento nacional ó religioso, arraigado en las muchedumbres; pero donde este caso se dió, como en la Iliada ó en el Romancero, la grandeza, más que en el autor anónimo, está en el asunto. Y aquí, en la tradición euskara, en vano es buscar asuntos de épica grandeza.

No existe la misma razón para que las producciones poéticas de este segundo período de la literatura vascongada lleven también el sello de ese acentuado espíritu de vascongadismo. Muchos de los hombres que hoy cultivan la poesía son ilustradísimos, conocen el movimiento literario del inundo; la corriente de ideas que á todos nos arrastra hacia un mundo desconocido, arrastra también á ellos, luchando, los unos, como desesperados, contra la ola que les envuelve; dejándose, los otros, con plácida sonrisa, avanzar y avanzar con la ola. Parecía que esos poetas debieran herir las fibras del sentimiento con absoluta independencia de todo espíritu de raza, y confundir sus cantos con la poesía universal que canta el dolor y la alegría, la fé y la duda, la angustia del caído y el grito de triunfo del que venció en la lucha. Parece que en la expresión de esos sentimientos no debiera haber más que aquella nota humana, sin particularismos de raza ni tradición. Y sin embargo, no es así.

Y no es así por una razón quid más convincente que aquella otra como he señalado al hablar de nuestra poesía popular.

El origen de nuestro renacimiento literario, la causa que lo produjo, el espíritu que lo informó desde el primer día, el fin que se propuso realizar, explican suficientemente por qué esa poesía es, ante todo, expresión calurosa, vehemente, apasionada del espíritu euskaro. Nació ese movimiento de un sentimiento de protesta contra una corriente de ideas que nos era hostil; se formó al calor de aquella lucha contra una ley injusta que hirió de muerte el árbol de nuestras libertades; se propagó por montes, villas y ciudades como el mejor, como el único medio para perpetuar el amor al país, el culto á la tradición y la fé en nuestros destinos; y claro es, por lo tanto que en la conciencia de los poetas, alma de ese renacimiento literario, la idea de la patria euskara y el sentimiento de raza dominaban todas las demás ideas y todos los demás sentimientos.

Y he ahí cómo y por qué, unas veces por unas causas y otras veces por otras, siempre resulta lo que decíamos al empezar este trabajo: que de todo lo que constituye la cultura intelectual y artística del pueblo euskaro, lo más genuinamente euskaro es su poesía. Y hé ahí por qué es obra de patriotismo reunir en un volumen todas esas producciones que hasta ahora han andado desperdigadas, y ponerlas, así reunidas, á la disposición de todos los hijos del país, para que vean y sientan y amen, en el alma de sus poetas, el alma de su raza.

*
* *

La poesía popular vascongada sencilla, como es toda expresión de los sentimientos populares en el mundo, ha tenido por objeto principal cantar la belleza de la mujer y el amor, pero ha espigado, quizá más que ninguna otra, en el campo de la sátira y de la burla mordaz.

Tal vez sea ésta la expresión más genuinamente vascongada de nuestra literatura, por ser la que mejor refleja el carácter de nuestro pueblo. En efecto, no es la exaltación del sentimiento, no es la delicadeza de la sensibilidad, no es la predisposición pasional lo que predomina en nosotros; predominan, por el contrario, las condiciones opuestas, revelación clara é indudable de nuestro origen, perdido allá en las misteriosas migraciones de los pueblos del Norte. Somos un pueblo frío, reflexivo, razonador y práctico. Nuestra imaginación es tan débil como bien constituido y robusto es nuestro entendimiento: nuestra fantasía es tan estéril como aguda y perspicaz es nuestra razón. Tan difícil es

que salga de nuestra mente una gran concepción artística, como es difícil que salga un disparate. Sin alas para volar á las altas regiones donde ostenta su trono inmarcesible el arte nadie camina con más seguridad que nosotros en el camino bordeado de peligros, de la vida real. Torpes para concebir, y aun concibiéndolos, para expresar ciertos delicados y recónditos estados del ánimo nuestra ingénita malicia, se complace, en cambio, en observar y en criticar la parte flaca de los hombres y de las cosas donde existe..... y á veces donde no existe. Dotados de estas condiciones, habíamos de sentir y sentimos, en efecto, una marcada inclinación á cultivar, con preferencia, el género picaresco, notándose esta tendencia en todos nuestros poetas, sin más excepción que la de aquellos que, como Arzác, por ejemplo, son refractarios, por la bondad de su carácter, á los goces de la sátira.

Pero donde esta aptitud nuestra se revela más y mejor, donde se muestra y se exhibe adornada con las galas del ingenio.—no siempre culto y delicado, por desgracia,—es en esos certámenes de versolaris, verdaderas luchas de travesura genial, en las cuales el triunfo consiste en herir el flaco del adversario, sin incurrir en la injuria, provocando la hilaridad del pueblo, y captándose su admiración.

Es un espectáculo original,—al menos en lo que yo alcance,—privativo de esta tierra. Cuadro lleno de animación y de vida, donde el pueblo, atraído por el placer de la mordacidad, expresada en verso (para que sea más agradable y menos pecaminosa), rodea en revuelto, apretado y confuso montón á los dos combatientes, que se miran con tan mala intención como recelo. La extraordinaria facilidad que la lengua presta al verso asonantado, sobre todo mezclado á las modulaciones del canto, hace que sin un traspies y sin ripios salga la primera reticencia, vestida con las galas del ingenio, de los labios del versolari. Nótase el primer movimiento en el público y un rumor de aprobación recoge la última frase perdida en el espacio. La mirada ansiosa del pueblo fijase en el segundo versolari. Levanta éste la cabeza y con pausado acento empieza por halagar el amor propio de su contrincante; recoge la alusión y concluye por darle un alfilerazo. Desde este momento la lucha se anima; los combatientes se excitan; las heridas sufridas en su amor propio aumentan su espíritu de acometividad, y al golpe recibido contestan con otro golpe más duro, más recio, en tanto que el pueblo celebra con risa alegre y estruendosa las ocurrencias felices y las mordaces provocaciones de los versolaris. Si alguno de los jóvenes pin-

tores que honran á este país, quiere trasladar al lienzo, buscando asunto en nuestras costumbres, un cuadro palpitante de vida, ahí, en esa lid de la palabra y del ingenio al aire libre, podrá hallar aspectos nuevos de la belleza, su inspiración de artista.

*
* * *

Al hablar de la poesía vascongada se debe huir con igual cuidado é igual respeto á la verdad, del elogio desmesurado y de la censura exagerada. Ni si haut ni si bas decia el ilustre autor de las Meditaciones, hablando del hombre, en aquella epístola inmortal dirigida á Lord Byron. Eso decimos también nosotros de la poesía del pueblo euskaro: ni hay que elevarla muy alto, ni rabajarla y empequeñecerla tanto, que no se vea. Hay en las composiciones poéticas anteriores al año 76, mucho vulgar, aún entre las obras de aquellos autores admirados por la generalidad de las gentes. Pero hay también —dentro siempre de los límites en que puede expresar lo bello una inteligencia que no se elevó jamás á las grandes abstracciones—hay, dentro de esos límites, obras de grandísimo mérito, dignas de figurar entre los tesoros literarios de los pueblos que más se envanecen con su cultura. No quisiera citar nombres propios; pero ¿quién en nuestra generación (no hablo de la actual, porque ésta ni sabe vascuence, ni sabe apenas que hay poesía ni poetas en el mundo le importa que haya) quién, en nuestra generación, no ha pasado horas y horas bajo la dulce emoción que lo bello produce al leer los deliciosos y tiernos versos de Vilinch? ¿Hay acaso, poeta castellano que haya celebrado los encantos de la mujer amada con conceptos más delicados y más sentidos que aquellos que brotaron del alma pura é inocente de nuestro poeta predilecto?

Y traspassando la frontera que la política y la geografía crearon, pero á través de la cual se extiende nuestra raza, y vive de la misma vida, y se expresa en la misma lengua, fijándonos en el pueblo vasco-francés, ¿hay alguno que al estudio de la literatura euskara dedique sus ocios, y que no haya admirado los hermosos versos de Elizaburu y de Larralde? Sería grande injusticia dejar de reconocer los méritos indiscutibles de estos hombres, de estos grandes poetas del pueblo euskaro.

De los poetas modernos, de los que constituyen el nervio y el alma

del renacimiento literario, iniciado por mi inolvidable amigo Manterola, de esos no quiero ni debo hablar sino con aquella medida que me imponen las circunstancias. A casi todos ellos me unen lazos de sincera amistad, y sería difícil que mi juicio no pecara de apasionado; defecto en que no quisiera incurrir, porque aun dando por sentado que el progreso de las letras euskaras es evidentemente notable, se estimula mejor el afán de nuevos adelantos por la acción de saludables advertencias, que por la influencia de entusiastas elogios.

Lo que no cabe dudar es que se ha operado una transformación completa desde el punto y hora en que al cultivo de la poesía euskara se han consagrado inteligencias versadas en el estudio de las ciencias y de las letras. Ya la poesía euskara puede expresar ideas y sentimientos de orden más elevado; puede alzarse á otras regiones; puede también penetrar en las profundidades del alma y sorprender allá secretos ignorados por los poetas populares; puede igualmente—en tanto lo permitan las deficiencias inevitables de la lengua, que es el gran escollo de nuestra literatura—abordar esos problemas del orden religioso y social que constituyen el tormento de la sociedad actual, como otros problemas constituirán el tormento de las sociedades del porvenir, que la vida es lucha y sin lucha no hay progreso. Y porque ya la poesía euskara ha roto aquellos estrechos moldes en que antes viviera encerrada, por eso, podemos recrear hoy nuestra imaginación en bellezas literarias que, por el concepto y la forma, difieren radicalmente de lo que antes llenaba, los gustos de la generalidad del público; y tenemos pequeños poemas como los de Arzác, y doloras como alguna de Baroja, y composiciones de sentido íntimo y hondo como algunas de Echegaray, de López Alén, y otros.

No he de terminar este trabajo sin decir que hay en este movimiento literario del país vascongado, en este renacimiento que se designa con el nombre de vascofilismo, algo triste, como oscura y densa nube en cuadro bañado de luz. La inmensa mayoría de los que cultivan la poesía euskara, ó de los que, dando otra dirección a sus trabajos, se dedican á investigaciones históricas, rinden culto á ideas que van desapareciendo, para no volver, de la conciencia humana. Nuestros poetas, nuestros mejores poetas, cantan un mundo muerto. Diríase que para ellos no existe ese movimiento, esa corriente que lleva á la humanidad á la conquista de sus grandes destinos. Pues bien; toda expresión del arte que no se inspire en los grandes ideales del espíritu humano, nace herida de

muerte; y porque esto es verdad, morirá el renacimiento literario euskaro si á él no se consagran espíritus robustos, y con fé en el porvenir. Equivócase grandemente quien, confundiendo el mundo con el pequeño rincón de tierra en que vive, se empeña en dar realidad y vida á verdaderas alucinaciones. No se puebla hoy con fantasmas el templo del arte.

Equivocáanse también los que creen interpretar la verdadera tradición y el verdadero genio de la raza vascongada al pedir inspiración á anémicos misticismos No; el espíritu euskaro no es eso, ni ha sido eso jamás: esas flaquezas de la mente, y esas debilidades de la voluntad son incompatibles con el claro juicio de un entendimiento sano y las energías del alma, cualidades que predominan en esta raza de hombres viriles. El pueblo que dió aquellas generaciones de guerreros, de atrevidos navegantes, de conquistadores audaces, y de gobernantes juiciosos; el que, en tiempos no lejanos, abrió su espíritu á ideas generosas que trajeron sobre el mundo la revolución más grande que registra la historia, ese pueblo no es el pueblo de la mogigatería; es, por el contrario, el pueblo de aptitudes más señaladas para asimilarse todas las conquistas del progreso.

Esto no excluye la religiosidad. Sería absurdo suponer tal cosa.

Antes bien, es la verdadera religiosidad la fuente de donde manan esas grandes virtudes de los pueblos. Así como en la grandeza y en la robusta organización del pueblo norteamericano palpita el alma de los puritanos, así también en la solidez de la vida social y administrativa de la raza euskara, mientras se ha gobernado á sí misma. siéntese el hálito del espíritu cristiano.

Pero no hay que confundir el espíritu cristiano y la verdadera religiosidad con la intransigencia en la doctrina y la beatería en los actos; ni mucho menos con aquellas otras aspiraciones de orden mundano que con frecuencia toman el disfraz de la religión. Y esa cofusión es la que no toleraban nuestros padres, que cumplían sus deberes religiosos con verdadera sencillez, y que al mismo tiempo, atentos á las mudanzas que los siglos traen consigo, tenían abierto á todos los progresos el libro inmortal del Fuero.

Si nuestros poetas quieren, pues, dejar huellas de su paso; si al morir esta generación no ha de morir también la poesía euskara, preciso es que el movimiento literario que aquí se inicia no se divorcie del espíritu del siglo. Y no olviden una cosa: que la voz que baja de aquellas

alturas, sagradas para todo católico, no es voz de lucha, sino de paz; no es de combate, sino de reconciliación y armonía.

*
* *

Témome mucho que mis lectores encuentren demasiado optimismo en este estudio, y que estimen por demas benévolos y apasionados muchos juicios. Podrán quizá tener razón; pero si es así, ni me arrepiento, ni me enmiendo, que no es gran pecado, cuando se juzgan cosas de su tierra, juzgarlas con exceso de cariño; aparte de que soy de los que creen que encierran un profundo sentido aquellas palabras de Göethe: «Cuando no se habla de las cosas con cierta parcialidad llena de amor, lo que de ella se dice vale muy poco.»

† BENITO JAMAR.

